

CONSIGNA

LA FALANGE Y LA VICTORIA

La vida de los pueblos como la vida de los hombres es siempre un constante esfuerzo de renovación. Ir arrancando la vieja costra de los defectos e imperfecciones, tirando el lastre de todo lo inútil en acción de mejora.

El simple hecho de abandonar un viejo local para ocupar otro nuevo, un hecho que en sí mismo nada significa, puede ser un símbolo de renovación y ambición nueva que, ahora y aquí mismo tiene que hacer suyo la falange alcazareña. Porque para que el símbolo tenga más valbr y más fuerza, está la coincidencia de este XIV aniversario de la Victoria.

No olvidemos que la Victoria lo fué de una guerra civil, una guerra entre hermanos, trágica solución a un estado desesperado de cosas que hacía imposible la convivencia entre españoles. Por eso la Victoria, con la alegría del triunfo, nos trae siempre la pesadumbre de una culpabilidad histórica a la que nosotros, españoles integros, herederos y responsabilizados de todas las glorias y reveses, luces y penumbras, de una historia secular, no podemos sustraernos.

Si toda guerra se hace para alcanzar una victoria, toda victoria solo puede servir para alcanzar una paz. En nuestro caso la paz entre todos los españoles, cercenando de raíz las causas que pudieron hacer posible la guerra. Nadie como los falangistas estamos en situación de servir esta paz y unidad que la Patria exige. Porque los falangistas eran en el 36, como hombres y como doctrina, los únicos libres de culpa y contaminación en aquella triste hora. Y al aceptar, como españoles, la parte de la "culpa original" en la tragedia, daremos el ejemplo mejor en el servicio de la unidad.

La Victoria es el arranque definitivo para lograr una convivencia históricamente eficaz entre españoles. Para ello es preciso encontrar ese "punto de coincidencia" donde pueden encontrarse los afaes dispersos y diferenciados del conjunto humano que configura un pueblo entendido como nación.

El "punto de coincidencia" es el que encontró la Falange al definir la Patria como un destino común que servir como empresa colectiva, a la que nadie es ajeno y en la que nadie tiene de antemano preeminencia o privilegio.

Al señalar como ideal común que configure la sociedad nueva, el de la justicia social como imperativo revolucionario no como una concesión de los fuertes y opresores, ni como una desesperada revancha de los débiles y oprimidos.

Y al apremiar la exigencia de un estilo personal como hombres españoles que implica una potenciación de las mejores virtudes de la raza y un definitivo desahucio de tanta lacra y adulteración como desgraciadamente presenta nuestro carácter.

Sobre esta trilogía -comunidad de destino, espíritu revolucionario de justicia y afán de conformar un tipo superior de hombre español- tiene que cimentarse la unidad.

En ello y por ello está la Falange y estamos los falangistas. Nuestra unidad tiene por tanto que ser el espejo, el crisol y la levadura que incite, depure y fermente la sagrada unidad nacional.

Frente al "yo", siempre lleno de resonancias parciales y egoistas, hay que levantar cada vez más el "nosotros" el "todos nosotros", de la comunidad. Porque no solo debemos ser coincidentes en la idea sino coparticipes en la tarea, en una tarea de vanguardia y ejemplaridad abierta a todos los españoles capaces de sentir algo más que el roce de sus intereses cotidianos.

Hoy, como mañana y como siempre, pesa sobre nosotros el deber de la ejemplaridad, de ser los mejores, los que velen la Victoria y la paz de España; sin otro sueño que el de configurar y ambicionar el mejor futuro que habremos de lograr.

|| ARRIBA ESPAÑA ||